



CASSANDRA CLARE

SARAH REES BRENNAN • MAUREEN JOHNSON

CAZADORES DE SOMBRAS

LAS CRÓNICAS DE MAGNUS BANE

booket

Cassandra Clare

Cazadores de sombras

Las crónicas de Magnus Bane



Índice

Lo que realmente pasó en Perú	9
La reina fugitiva	55
Vampiros, pastelitos y Edmund Herondale	99
El heredero de medianoche	145
El auge del hotel Dumort	191
Salvar a Raphael Santiago	235
La caída del hotel Dumort	281
¿Qué comprarle a un cazador de sombras que tiene de todo?	325
La última batalla del Instituto de Nueva York	365
El curso del amor verdadero (y las primeras citas)	413
El buzón de voz de Magnus Bane	455



Fue un momento triste en la vida de Magnus Bane cuando el Consejo Superior de los brujos peruanos le prohibió la entrada en Perú. No sólo porque los carteles con su foto que se distribuyeron por el submundo de aquel país lo mostraran tan poco favorecido, sino sobre todo porque Perú era uno de sus lugares favoritos. Allí había vivido muchas aventuras, y tenía montones de recuerdos fantásticos, empezando por aquella vez en 1791, cuando había invitado a Ragnor Fell a acompañarlo en una festiva escapada por Lima.

1791

Magnus se despertó en la posada de carretera a las afueras de Lima, y una vez se hubo ataviado con un chaleco bordado, calzas y brillantes zapatos de hebilla, fue en busca del desayuno. En su lugar se encontró con la posadera, una mujer robusta con una larga melena cubierta por una mantilla negra, que mantenía una preocupada conversación con una de las criadas sobre alguien que había llegado hacía poco.

—Me parece que es un monstruo marino —oyó susurrar a la posadera—. O un tritón. ¿Cómo puede sobrevivir en tierra?

—Buenos días, señora —saludó Magnus—. Por lo que oigo, parece que mi invitado ha llegado.

Ambas mujeres parpadearon dos veces. Magnus supuso que el primer parpadeo se debía a su vistoso atuendo, y el segundo, un parpadeo más lento, a lo que acababa de decir. Les dedicó a ambas un alegre gesto de despedida; traspasó las amplias puertas de madera que daban al patio y lo cruzó hasta la sala común, donde se encontró con su amigo brujo, Ragnor Fell, enfurruñado al fondo de la sala con un tazón de chicha de molle.

—Tomaré lo mismo que él —dijo Magnus a la camarera—. No, espere un momento. Tráigame tres.

—Diles que yo tomaré lo mismo —intervino Ragnor Fell—. He conseguido esta bebida señalando con insistencia.

Así lo hizo Magnus, y cuando volvió a mirar a Ragnor vio que su viejo amigo volvía a ser el de siempre: horrorosamente vestido, profundamente melancólico e intensamente verde de piel. Magnus a menudo daba gracias de que su marca de brujo no fuera tan evidente. A veces resultaba muy incómodo tener los ojos verde dorado y pupilas verticales como un gato, pero, por lo general, los podía disimular fácilmente con un pequeño *glamour*, y si no, bueno, había bastantes damas y caballeros que no lo consideraban un inconveniente.

—¿Sin *glamour*? —preguntó Magnus.

—Dijiste que me uniera a ti en viajes que serían un incesante *tour* de desfreno —le contestó Ragnor.

Magnus sonrió radiante.

—¡Sí que lo dije! —Calló un momento—. Perdóname, pero no veo la relación.

—He descubierto que tengo más suerte con las damas en mi estado natural —le explicó Ragnor—. A las damas les gusta la variedad. Había una mujer en la corte de Luis, el Rey Sol, que decía que nada se podía comparar a su «querido repollito». He oído que en Francia se ha convertido en un apelativo cariñoso muy popular. Y todo gracias a mí.

Hablaba en el mismo tono melancólico de siempre. Cuando llegaron las seis copas, Magnus se hizo con ellas.

—Me harán falta todas éstas. Por favor, traiga más para mi amigo.

—También hubo una mujer que me llamaba su «dulce vaina de guisantes de amor» —continuó Ragnor.

Magnus bebió un largo y reconfortante trago, miró el brillante sol del exterior y luego las copas que tenía delante, y se sintió mucho mejor.

—Felicidades. Y bienvenido a Lima, ciudad de reyes, mi dulce vaina de guisantes.

* * *

Después del desayuno, que consistió en cinco copas para Ragnor y diecisiete para Magnus, éste guio a Ragnor en un recorrido por Lima, desde la fachada dorada, sinuosa y tallada del palacio del arzobispo hasta los edificios de brillantes colores de la plaza, con sus casi obligatorios y elaborados soportales, donde hubo un tiempo en que los españoles ejecutaban a los criminales.

—He pensado que estaría bien comenzar por la capital. Además, ya he estado aquí antes —explicó Magnus—. Hará unos quince años. Me lo pasé estupendamente, si no tenemos en cuenta lo del terremoto que casi se tragó la ciudad.

—¿Tuviste algo que ver con el terremoto?

—Ragnor —le reprochó Magnus—, ¡no puedes echarme la culpa de cualquier catástrofe natural que ocurra!

—No has contestado a la pregunta —insistió Ragnor, y suspiró—. Confío en que serás... más formal y menos como tú de lo que sueles ser —le advirtió mientras caminaban—. No hablo el idioma.

—¿Así que no hablas español? —preguntó Magnus—. ¿O no hablas quechua? ¿O es que no hablas aymara?

Magnus sabía a la perfección que, fuera a donde fuese, era un forastero, y se aseguraba de aprender todos los idiomas que podía para viajar a donde quisiera. El español había sido el primero des-

pués de su lengua materna. Y ésta no la hablaba con frecuencia. Le recordaba a su madre y a su padrastro; le recordaba el amor, la oración y la desesperación de su niñez. Las palabras de su país le pesaban en la lengua, como si cuando las pronunciara tuviera que hacerlo con toda la intención, tuviera que ponerse serio.

(Había otros idiomas, como el purgático, el gehennic y el tártaro, que había aprendido para poder comunicarse con los habitantes de los reinos demoníacos; eran idiomas que se veía obligado a usar con frecuencia por trabajo. Pero éstos le recordaban a su padre biológico, y tales recuerdos eran aún peores.)

En opinión de Magnus, la sinceridad y la seriedad estaban muy sobrevaloradas, al igual que lo estaba el verse obligado a revivir momentos desagradables. Prefería con mucho divertirse y mostrarse divertido.

—No hablo ninguno de esos idiomas —le contestó Ragnor—. Aunque debo saber idiótico chapurrero, porque te entiendo a ti.

—Eso ha sido innecesario e hiriente —observó Magnus—. Claro que puedes confiar en mí totalmente.

—Lo único que te pido es que no me dejes aquí solo. Tienes que jurármelo, Bane.

Magnus alzó las cejas.

—¡Te doy mi palabra de honor!

—Te encontraré —le advirtió Ragnor—. Encontraré cualquier baúl de prendas absurdas que poseas. Y meteré una llama donde duermas y me aseguraré de que se orine sobre todo lo que tengas.

—No hace falta que nos pongamos desagradables —replicó Magnus—. No te preocupes. Te enseñaré todas las palabras que necesites. Una es «fiesta».¹

Ragnor frunció el ceño.

—¿Y qué quiere decir?

Magnus alzó las cejas.

1. En español en el original.

—Quiere decir «diversión». Otra palabra importante es «juerga».

—¿Y qué significa esa palabra?

Magnus guardó silencio.

—Magnus —reclamó su atención Ragnor con tono molesto—.

¿Esa palabra también significa «fiesta»?

Magnus no pudo evitar la sonrisa irónica que se fue dibujando en su rostro.

—Me disculparía —dijo—. Pero no lo lamento en absoluto.

—Intenta ser un poco serio —le sugirió Ragnor.

—¡Estamos de vacaciones!

—Tú siempre estás de vacaciones —le recordó Ragnor—. ¡Hace treinta años que estás de vacaciones!

Era cierto. Magnus no se había asentado en ningún lugar desde la muerte de su amante; no había sido su primera amante, pero sí la primera que había vivido con él y que había muerto en sus brazos. Magnus había pensado en ella con la suficiente frecuencia como para que mencionarla ya no le doliera. Su rostro, en el recuerdo, era como la distante belleza de las estrellas: imposible de tocar, pero brillando ante sus ojos por las noches.

—No me canso de las aventuras —respondió Magnus sin darle gran importancia—. Y las aventuras no se cansan de mí.

No tenía ni idea de por qué Ragnor volvía a suspirar.

El carácter suspicaz de Ragnor siguió entristeciendo a Magnus y lo decepcionó, como cuando visitaron el lago Yarinococha, y Ragnor entrecerró los ojos mientras preguntaba: «¿Esos delfines son de color rosa?».

—¡Ya eran así cuando llegué aquí! —exclamó Magnus indignado. Calló un momento para reflexionar—. Estoy casi seguro.

Fueron de la costa a la sierra contemplando todos los paisajes de Perú. Quizá el favorito de Magnus fuera la ciudad de Arequipa, hecha de piedras labradas que, al ser tocadas por el sol, brillaban con un blanco tan deslumbrante y resplandeciente como la luz de la luna al chocar contra el agua.

Allí también había una joven muy atractiva, pero al final ésta prefirió a Ragnor. Magnus podría haberse pasado la vida sin involucrarse en un triángulo amoroso de brujos, o sin oír el apelativo supuestamente cariñoso de «adorable planta carnívora» dicho en francés, idioma que Ragnor sí entendía. Sin embargo, éste se mostraba muy complacido y por primera vez no parecía lamentar haber acudido a la llamada de Magnus.

Al final, la única manera que tuvo Magnus de persuadir a Ragnor de dejar Arequipa fue presentándole a otra jovencita, Giuliana, que conocía los caminos de la selva y les aseguró a ambos que podía guiarlos hasta la ayahuasca, una planta con grandes propiedades mágicas.

Más tarde, Magnus tuvo motivos para lamentar haber escogido esa opción, al verse arrastrado por los verdes caminos abiertos a machetazos de la selva tropical del Manu. Todo era verde, verde, verde, allí adonde mirara. Incluso su compañero de viaje.

—No me gusta la selva tropical —dijo Ragnor tristemente.

—Eso es porque no estás abierto a nuevas experiencias del mismo modo que yo.

—No, es porque es más húmeda que el sobaco de un oso y dos veces más apestosa.

Magnus se apartó de los ojos una rama de helecho que goteaba.

—Admito que, con tus palabras, has dado en el clavo y al mismo tiempo has creado una imagen muy impactante.

Era verdad que la selva no era cómoda de transitar, pero sí era impresionante. El intenso verde del bosque bajo no se parecía al de las delicadas hojas en lo alto de los árboles, las brillantes formas sutiles de algunas plantas que se agitaban entre las ramas como cuerdas. El verde que lo envolvía todo quedaba roto por repentinas interrupciones brillantes: el intenso color de las flores y el rápido movimiento que indicaba la presencia de animales.

A Magnus le gustaron especialmente los monos araña, refinados y relucientes, con largos brazos y patas que extendían sobre los árbo-

les como estrellas, y también el salto veloz y tímido de los monos ardilla.

—Imagínate —dijo de pronto Magnus—. Yo con un mono por mascota. Podría enseñarle trucos. Incluso vestirlo con una chaqueta como la mía. ¡Sería como yo! Pero con más pinta de mono.

—A tu amigo se le ha ido la cabeza con el mal de altura —anunció Giuliana—. Estamos a muchos metros sobre el nivel del mar.

Magnus no estaba realmente seguro de por qué había tomado una guía, excepto porque parecía calmar a Ragnor. Era probable que la gente siguiera obedientemente a sus guías en lugares desconocidos y peligrosos en potencia, pero Magnus era brujo y, llegado el caso, estaba bien preparado para mantener una lucha mágica con un demonio jaguar. Sería una anécdota excelente que impresionaría a algunas de las damas que de forma inexplicable no se sentían atraídas por Ragnor. Y quizá también a algunos caballeros.

Iba distraído, pensando en demonios jaguar y recogiendo fruta cuando, de repente, Magnus se dio cuenta de que se había separado de sus compañeros: estaba perdido en la verde selva.

Se detuvo para admirar las bromelias, enormes flores iridiscentes como cuencos hechos de pétalos, vibrantes de color y humedad. Había ranas en el interior de los huecos llenos de agua de las flores, brillantes como joyas.

Entonces se encontró cara a cara con los redondos ojos castaños de un mono.

—Hola, compañero —lo saludó Magnus.

El mono hizo un ruido horrible, entre un gruñido y un siseo.

—Comienzo a dudar de la belleza de nuestra amistad —manifestó Magnus.

Giuliana les había dicho que no retrocedieran si se les acercaba un mono, sino que se quedaran quietos y se mantuvieran tranquilos. Ese mono era mucho más grande que cualquier otro que Magnus hubiera visto, con unos hombros anchos, nudosos y gruesos, de pelaje casi negro. Magnus recordó que se llamaba mono aullador.

Magnus le tiró un higo. El mono lo atrapó.

—Bueno —dijo Magnus—, demos este asunto por acabado.

El mono avanzó, masticando de un modo amenazador.

—Me pregunto qué estoy haciendo aquí. Me gusta la vida de la ciudad, ¿sabes? —comentó Magnus—. Las luces brillantes, la gente, el entretenimiento líquido. La ausencia de monos que aparecen de repente.

Desoyó el consejo de Giuliana y dio un elegante paso atrás al tiempo que le lanzaba otra pieza de fruta. Esta vez el mono no la atrapó. Se agazapó y soltó un gruñido, y Magnus retrocedió varios pasos más hasta chocar con un árbol.

Se tambaleó por el impacto, y agradeció que nadie lo estuviera mirando y esperara de él que se comportara como un brujo sofisticado. El mono le lanzó un manotazo directamente a la cara.

Magnus gritó, dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad por la selva tropical. Ni siquiera pensó en dejar caer la fruta. Las piezas fueron cayendo una a una formando una brillante cascada mientras Magnus corría como alma que lleva el diablo para alejarse de la amenaza simiesca. Lo oyó perseguirlo y aceleró la carrera, hasta que perdió toda la fruta y se fue directo contra Ragnor.

—¡Ten cuidado! —le soltó éste.

—En mi defensa diré que estás muy bien camuflado —señaló Magnus, y luego narró dos veces con detalle su terrible aventura con el mono, una para Giuliana en español y de nuevo para Ragnor en inglés.

—Pues claro que tenías que apartarte al instante del macho dominante —dijo Giuliana—. ¿Eres idiota? Has tenido mucha suerte de que la fruta lo distrajera de arrancarte el cuello. Ha pensado que querías arrebatarle a sus hembras.

—Perdona, pero no tuvimos tiempo de intercambiar ese tipo de información —señaló Magnus—. ¡Cómo lo iba a saber! Además, les aseguro a ambos que no he hecho ningún tipo de avance amoroso hacia las hembras simio. —Calló un momento y les guiñó un ojo—.

Lo cierto es que no he visto ninguna, así que no he tenido la oportunidad.

Ragnor parecía arrepentirse profundamente de todas las decisiones que lo habían llevado a hallarse en ese lugar y en especial con esa compañía. Más tarde se detuvo y, muy bajo para que Giuliana no pudiera oírlo y de un modo que a Magnus le recordó de un modo terrible a su némesis simiesca, le susurró: «¿Acaso has olvidado que puedes hacer magia?».

Magnus se tomó un momento para lanzar una mirada despectiva por encima del hombro.

—¡No voy a hechizar a un mono! La verdad, Ragnor, ¿por quién me tomas?

* * *

No podía dedicar la vida por entero al desenfreno y a los monos. Magnus tenía que financiarse de algún modo todo lo que bebía. Siempre podían encontrarse algunos trabajos propios de subterráneos, y Magnus se aseguró de conseguir los contactos apropiados en cuanto puso un pie en Perú.

Cuando se requirió su particular especialidad, se llevó a Ragnor consigo. Subieron juntos a bordo del barco en el puerto de Salaverry, ambos vestidos con sus mejores galas. Magnus llevaba su sombrero más ostentoso, con una pluma de avestruz.

Edmund García, uno de los comerciantes más ricos de Perú, se reunió con ellos en la cubierta de proa. Era un hombre de tez rojiza, y vestía una casaca de aspecto caro, calzas hasta la rodilla y una peluca empolvada. Del cinturón de cuero le colgaba una pistola ricamente grabada. Miró de reojo a Ragnor.

—¿Es un monstruo marino? —preguntó.

—Es un brujo muy respetado —contestó Magnus—. De hecho, tiene usted dos brujos por el precio de uno.

García no se había hecho rico poniéndoles mala cara a las gangas.

Al instante y para siempre mantuvo silencio sobre el tema de los monstruos marinos.

—Bienvenidos —dijo en su lugar.

—No me gustan los barcos —informó Ragnor, mirando a su alrededor—. Me mareo terriblemente.

El chiste de ponerse verde era demasiado fácil, y Magnus no iba a rebajarse a hacerlo.

—¿Le importaría ampliar los detalles de este trabajo? —le preguntó a García—. La carta que recibí decía que le resultaban necesarias mis particulares habilidades, pero debo confesarle que tengo tantas que no estoy seguro de cuál es la que usted requiere. Aunque, naturalmente, están todas a su disposición.

—Son ustedes foráneos de estas costas —contestó Edmund—, así que quizá no sepan que la prosperidad actual de Perú reside en nuestra principal exportación: el guano.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó Ragnor.

—Hasta ahora, nada que te vaya a gustar —respondió Magnus. El barco cabeceó bajo ellos al compás de las olas—. Perdona, ¿está usted hablando de excrementos de pájaro?

—Cierto —repuso García—. Durante mucho tiempo los comerciantes europeos fueron los que más se beneficiaban de este mercado. Pero ahora se han creado leyes para que los comerciantes peruanos tengamos las de ganar en esos asuntos, y los europeos tendrán que asociarse con nosotros o retirarse del negocio del guano. Uno de mis buques, con una gran cantidad de guano, será el primero en zarpar bajo estas nuevas leyes. Me temo que quieren hacerle algo a ese barco.

—¿Cree que los piratas pretenden robar sus excrementos de pájaro? —preguntó Magnus.

—¿Qué está pasando? —gimió Ragnor tristemente.

—Mejor que no lo sepas, te lo aseguro. —Magnus miró a García—. Variadas como son mis habilidades, no estoy seguro de que se extiendan hasta la protección del... ehh... guano.

La carga lo hacía dudar, pero sí que sabía algo sobre la forma en

que los europeos llegaban y reclamaban todo lo que veían como si fuera incuestionablemente suyo: tierras y vidas, productos y personas.

Aparte de eso, nunca antes había corrido una aventura en alta mar.

—Estamos dispuestos a pagar con generosidad —les aseguró García, y mencionó una suma.

—Oh. Bueno, en tal caso, considérenos contratados —repuso Magnus, y le tradujo las nuevas a Ragnor.

* * *

—Sigo sin estar muy seguro de todo esto —dijo Ragnor—. Ni siquiera estoy seguro de dónde has sacado ese sombrero.

Magnus se lo ajustó para que luciera en su máximo esplendor.

—Es sólo una tontería que encontré. Parecía apropiado para la ocasión.

—Nadie más lleva nada ni remotamente parecido.

Magnus lanzó una mirada despectiva a todos los marineros de dudosa vestimenta que los rodeaban.

—Lo lamento por ellos, claro, pero no veo por qué esa observación debe alterar mi actual y elegantísimo proceder.

Miró desde la borda hacia el mar. El agua era prácticamente de color verde claro, con el mismo tono turquesa y esmeralda que una turmalina verde pulida. Se veían dos barcos en el horizonte: el buque al que se suponía que debían unirse, y un segundo, del que Magnus tenía la intensa sospecha de que se trataba de un barco pirata dispuesto a atacar al primero.

Magnus chasqueó los dedos y su propio barco se tragó el horizonte en un instante.

—Magnus, no hagas que el barco vaya tan deprisa —dijo Ragnor—. Magnus, ¿por qué estás embrujando el barco para que vaya más deprisa?

Magnus chasqueó los dedos de nuevo y un montón de chispas

azules saltaron a lo largo del casco del barco, desgastado por el tiempo y astillado por las tormentas.

—Veo temibles piratas en la distancia. Prepárate para luchar, mi verdoso amigo.

Ragnor vomitó escandalosamente al oír eso y protestó aún más escandalosamente, pero estaban acercándose a los otros dos barcos, así que, en conjunto, Magnus estaba satisfecho.

—No estamos cazando piratas. ¡Nadie es pirata! Sólo estamos vigilando la carga y punto. Y por cierto, ¿cuál es la carga? —preguntó Ragnor.

—Estás mejor sin saberlo, mi dulce vaina de guisantes —le aseguró Magnus.

—Deja de llamarme así.

—Nunca jamás —juró Magnus, e hizo un gesto rápido y decidido. El sol se reflejó en su anillo y pintó el aire con pequeños trazos brillantes.

El barco que Magnus insistía en considerar como un bajel enemigo se escoró de forma ostensible. Era posible que Magnus se hubiera pasado un poco ahí.

García parecía muy impresionado de que Magnus pudiera neutralizar barcos desde lejos, pero quería estar absolutamente seguro de que la carga estuviera a salvo, así que maniobraron para colocar su barco junto al otro más grande. El barco pirata ya se había quedado muy muy atrás.

Magnus estaba satisfecho con esta situación. Como estaban cazando piratas y corriendo aventuras en alta mar, había algo que siempre había querido probar.

—Hazlo tú también —le insistió a Ragnor—. Será espectacular. Ya lo verás.

Luego se agarró a un cabo y cruzó como volando, espléndido, metros de reluciente espacio azul y un tramo de la brillante cubierta.

Se dejó caer en la bodega de carga.

Ragnor lo siguió un momento después.

—Tápate la nariz —le aconsejó Magnus con urgencia—. No respire. Es evidente que alguien estaba comprobando la carga y ha dejado la compuerta de la bodega abierta, y ambos hemos saltado directamente dentro.

—Y ahora aquí estamos, todo gracias a ti, en medio de la sopa.

—Ojalá fuera sopa —repuso Magnus.

Hubo un breve silencio mientras ambos evaluaban el horror de la situación. Magnus se hallaba sumergido hasta los codos. Incluso más trágico aún: había perdido su elegante sombrero. Trataba de no pensar en la sustancia en la que estaban casi enterrados. Si se esforzaba mucho en pensar en algo que no fueran los excrementos de pequeños plumíferos alados, podría parecer que estaba hundido en alguna otra cosa. Cualquier otra cosa.

—Magnus —lo llamó Ragnor—, ya veo que la carga que estamos guardando es algún tipo de sustancia muy desagradable, pero ¿puedes decirme exactamente cuál?

Al ver que la ocultación y el fingimiento ya no tenían sentido, Magnus se lo dijo.

—Odio las aventuras en Perú —afirmó al final Ragnor con voz apagada—. Quiero irme a casa.

No fue culpa de Magnus que la consiguiente rabieta del brujo resultara en el hundimiento de un barco lleno de guano, pero lo culpó de todos modos. Incluso peor, no le pagó lo convenido.

Sin embargo, no fue la caprichosa destrucción de propiedades peruanas la razón por la que se le prohibió pisar Perú.

1885

En su siguiente estancia en Perú, Magnus estaba realizando un trabajo con sus amigos Catarina Loss y Ragnor Fell. Eso demostraba que Catarina tenía, aparte de magia, poderes sobrenaturales de persuasión, porque Ragnor había jurado que nunca volvería a poner un

pie en Perú y mucho menos en compañía de Magnus. Pero durante la década de 1870, ambos habían corrido juntos algunas aventuras en Inglaterra, y Ragnor se había ido reconciliando con Magnus. Aun así, mientras se adentraban caminando en el valle del río Lurín, Ragnor no dejaba de enviar sin cesar a Magnus recelosas miraditas de reojo.

—Ese constante aire premonitorio que tienes cuando estás conmigo es doloroso e innecesario —le recriminó Magnus a Ragnor.

—¡Tardé años en sacarme el olor de la ropa! ¡Años! —replicó Ragnor.

—Bueno, deberías haberla tirado y comprado otra con mejor olor y más elegante —repuso Magnus—. Y de todas formas, eso pasó hace décadas. ¿Qué te he hecho últimamente?

—No se peleen delante de los clientes, chicos —les rogó Catarina con su dulce voz—, o les estamparé las cabezas con tal fuerza que el cráneo se les cascará como un huevo.

—Entiendo el inglés, ¿saben? —dijo Nayaraq, su clienta, que les estaba pagando con una generosidad extrema.

Todo el grupo se sintió avergonzado. Llegaron a Pachacamac en silencio. Contemplaron los muros de escombros apilados, que parecían el castillo de arena, gigante y muy trabajado, de un niño.

Había pirámides, pero la mayoría estaban en ruinas. Aunque lo que quedaba tenía miles de años, y Magnus notó la magia vibrando incluso en los fragmentos de arena coloreada.

—Conocí al oráculo que vivía aquí hace setecientos años —anunció Magnus orgulloso.

Nayaraq pareció impresionada.

Catarina, que sabía la edad real de Magnus, no.

Magnus había comenzado a poner precio a su magia cuando tenía menos de veinte años. En aquel entonces todavía estaba creciendo, aún no estaba detenido en el tiempo como una libélula atrapada en ámbar, iridiscente y eterna, pero congelada para toda la eternidad en la prisión de un instante dorado. En aquel entonces estaba

alcanzando su altura final, y el rostro y el cuerpo le iban cambiando de forma infinitesimal día tras día; en aquel entonces estaba un poco más cerca de ser humano de lo que lo estaba ahora.

No se le podía decir a un cliente potencial, que esperaba los servicios de un mago anciano y experto, que todavía no se era totalmente adulto. Magnus había comenzado de muy joven a mentir sobre su edad, y nunca había abandonado esa costumbre.

Resultaba un poco vergonzoso cuando se olvidaba de qué mentira le había contado a quién. Una vez, alguien le había preguntado cómo era Julio César, y Magnus se había quedado mirándolo durante un buen rato y luego había contestado: «¿No muy alto?».

Magnus contempló toda la arena que había junto a los muros y sus bordes rotos y desmigajados, como si la piedra fuera pan y una mano descuidada hubiera cortado un trozo. Con cuidado, mantuvo el aire displicente de quien ya había estado ahí antes, y además, increíblemente bien vestido.

Pachacamac significaba «Señor de los terremotos». Por suerte, Nayaraq no quería que provocaran uno. Magnus nunca había creado un terremoto a propósito y prefería no pensar en ciertos desafortunados accidentes de su juventud.

Lo que Nayaraq quería era el tesoro que la madre de la madre de la madre de su madre, una bella joven noble que había vivido en el Acllahausi (la casa de las mujeres elegidas por el sol), había escondido cuando aparecieron los conquistadores.

Magnus no estaba seguro de por qué lo quería, ya que parecía tener dinero suficiente, pero no le pagaba para dudar de ella. Caminaron durante horas bajo el sol y la sombra, por las ruinas de los muros, que mostraban las señales del tiempo y los tenues rastros de antiguos frescos, hasta encontrar lo que Nayaraq estaba buscando.

Cuando sacaron las piedras del muro y desenterraron el tesoro, el sol brilló al mismo tiempo sobre el oro y el rostro de Nayaraq. Fue entonces cuando Magnus entendió que Nayaraq no había estado buscando el oro sino la verdad, algo real en su pasado.

Nayaraq conocía a los subterráneos porque una vez se la habían llevado las hadas. Pero ese oro que le brillaba en las manos, igual que había brillado en las manos de su antepasada, no era una ilusión ni tampoco un *glamour*.

—Muchísimas gracias —dijo ella, y Magnus la comprendió, e incluso, por un momento, la envidió.

Cuando Nayaraq se fue, Catarina deshizo su *glamour* y dejó ver su piel azul y su cabello blanco, que deslumbraba bajo la luz del ocaso.

—Ahora que esto está arreglado, tengo una propuesta. Durante años he envidiado todas las aventuras que corrieron en este país. ¿Qué les parece si nos quedamos por un tiempo?

—¡Por supuesto! —exclamó Magnus.

Catarina batió las palmas.

Ragnor frunció el ceño.

—Por supuesto que no.

—No te preocupes, Ragnor —repuso Magnus como si nada—. Estoy casi seguro de que nadie que recuerde el malentendido de los piratas seguirá vivo. Y los monos, sin duda, ya habrán dejado de buscarme. Además, ya sabes lo que esto significa.

—No quiero hacerlo, y no lo pasaré bien —replicó Ragnor—. Me iría ahora mismo, pero sería cruel abandonar a una dama en una tierra extraña con un lunático.

—Me alegro mucho de que todos estemos de acuerdo —manifestó Catarina.

—Vamos a ser un triunvirato terrorífico —declaró Magnus encantado a Catarina y a Ragnor—. Eso quiere decir el triple de aventuras.

Más tarde se enteraron de que eran criminales buscados por profanar un templo. Sin embargo, ése no fue el motivo por el que expulsaron a Magnus de Perú, ni tampoco fue en ese momento.

Hacía un hermoso día en Puno. El lago al otro lado de la ventana era una gran mancha azul y el sol brillaba con tal fuerza que parecía haber quemado todo el celeste y las nubes del cielo y dejado tan sólo un fulgor blanco. El limpio viento de la montaña llevaba sobre el lago y por toda la casa la melodía que Magnus tocaba.

Éste justo estaba bajo el alféizar de la ventana cuando los postigos de la habitación de Ragnor se abrieron de golpe.

—¿Qué... qué... qué estás haciendo? —le preguntó.

—Tengo casi seiscientos años —afirmó Magnus, y al oírlo Ragnor soltó un bufido, ya que su amigo cambiaba su edad a su antojo cada semana. Magnus continuó: Me parece que ya es hora de que aprenda a tocar algún instrumento musical. —Hizo una floritura con su nuevo descubrimiento, un pequeño instrumento de cuerdas que parecía un primo del laúd del que el propio laúd se avergonzaría—. Se llama charango. ¡Estoy pensando seriamente en hacerme charanguista!

—Yo no llamaría a eso instrumento de música —observó Ragnor con acritud—. Quizá instrumento de tortura.

Magnus meció el charango en sus brazos como si fuera un bebé que se ofende con facilidad.

—¡Es un instrumento hermoso y único! La caja de resonancia está hecha con un armadillo. Bueno, con un caparazón seco de armadillo.

—Eso explica el ruido que haces —dijo Ragnor—. Como el de un armadillo perdido y hambriento.

—Es porque sientes envidia —remarcó Magnus con toda calma—. No tienes el alma de un auténtico artista como yo.

—Oh, sí, estoy verde de envidia —replicó Ragnor.

—Vamos, Ragnor. Eso no es justo —dijo Magnus—. Ya sabes que me encanta que bromees con tu aspecto.

Magnus se negó a que lo afectaran los crueles comentarios de

Ragnor. Lanzó a su amigo brujo una mirada de soberbia indiferencia, alzó el charango y comenzó a tocar de nuevo su tonada, hermosa y desafiante.

Ambos oyeron el repiqueteo de unos pies que corrían con frenesí dentro de la casa, el susurro de unas faldas, y luego Catarina salió disparada al patio. El blanco cabello le caía desparramado por los hombros y su rostro era el vivo retrato de la alarma.

—Magnus, Ragnor, he oído a un gato haciendo un ruido espeluznante —exclamó—. Por cómo sonaba, la pobre criatura debe estar muy enferma. ¡Tienen que ayudarme a encontrarlo!

Al instante, Ragnor se dejó caer sobre el alféizar partiéndose de risa. Magnus miró fijamente a Catarina durante un momento, hasta que vio que a ella le temblaban los labios.

—Están conspirando contra mí y mi arte —afirmó—. Son un grupo de conspiradores.

Comenzó a tocar de nuevo. Catarina lo detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—No, de verdad, Magnus, ese ruido es espantoso.

Magnus suspiró.

—Todo brujo se cree un crítico.

—¿Por qué lo haces?

—Ya se lo he explicado a Ragnor. Quiero saber tocar un instrumento. He decidido dedicarme al arte del charango, y no quiero oír más objeciones mezquinas.

—Si hacemos una lista de lo que no queremos oír más... —murmuró Ragnor.

Pero Catarina sonreía.

—Ya veo —dijo con suspicacia.

—Madame, usted no ve nada.

—Sí que lo veo. Lo veo con toda claridad —le aseguró Catarina—. ¿Cómo se llama ella?

—Me ofende esa implicación —replicó Magnus—. En este caso no hay ninguna mujer. ¡Estoy casado con mi música!

—Oh, vaya —repuso Catarina sorprendida—. Entonces ¿cómo se llama él?

* * *

Él se llamaba Imasu Morales, y era muy apuesto.

Los tres brujos se hallaban cerca del puerto, en la orilla del lago Titicaca, pero a Magnus le gustaba ver la vida y formar parte de ella de un modo que ni Ragnor ni Catarina llegaban a entender, acostumbrados al silencio y la soledad desde la infancia debido a su extraño aspecto. Magnus se iba de paseo por la ciudad y las montañas y corría pequeñas aventuras. En unas pocas ocasiones, que sus dos amigos no paraban de recordarle de un modo innecesario y doloroso, lo había devuelto a casa la policía, aunque aquel incidente con los contrabandistas bolivianos había sido un completo malentendido.

Porque aquella noche Magnus no había tenido nada que ver con los contrabandistas. Simplemente había estado caminando por la plaza Republicana, rodeando sus setos cortados de forma artística y sus esculturas. La ciudad bajo él brillaba como si se tratara de estrellas colocadas en fila, como si alguien hubiera plantado una hilera de luces. Era una noche hermosa para conocer a algún muchacho hermoso.

Primero había sido la música lo que le había llamado la atención; luego, la risa. Magnus se había vuelto para mirar y vio unos brillantes ojos oscuros y un cabello revuelto, y el juego de los dedos de un músico. Magnus tenía una lista de características que buscaba en un compañero: cabello negro, ojos azules, sinceridad; pero en este caso lo que lo atrajo fue una respuesta particular a la vida. Algo que no había visto antes y que le hizo querer ver más.

Se acercó y consiguió atraer la mirada de Imasu. Una vez se miraron, el juego podía comenzar, y Magnus tomó la iniciativa preguntándole si enseñaba música. Quería pasar más tiempo con él, pero

también quería aprender, ver si podía abstraerse del mismo modo, crear los mismos sonidos.

Incluso después de unas cuantas clases, Magnus vio que los sonidos que él extraía del charango eran un poco diferentes de los que conseguía Imasu. Quizá más que un poco. Ragnor y Catarina le rogaron que dejara ese instrumento. Desconocidos con los que se cruzaba por la calle le suplicaban que lo dejara. Incluso los gatos huían.

Pero «tienes un gran potencial para convertirte en músico», le había dicho Imasu, con voz seria y ojos risueños.

Magnus tenía como norma escuchar a la gente amable que lo animaba y que era extraordinariamente apuesta.

Así que siguió con el charango, a pesar de que le habían prohibido tocar en casa. También lo hicieron desistir de tocar en la calle un niño que se echó a llorar, un hombre con unos papeles que le hablaba de las ordenanzas municipales y una pequeña revuelta.

Como último recurso, se fue a las montañas y tocó allí. Magnus estaba seguro de que la estampida que presenció fue una coincidencia. Las llamas no podían juzgar cómo lo hacía.

Además, el charango comenzaba a sonar mejor. O bien le estaba tomando la mano o estaba sucumbiendo a alucinaciones auditivas. Magnus decidió creer lo primero.

—Creo que ya he dado un gran paso —le dijo un día a Imasu con entusiasmo—. En las montañas. Un paso metafórico y musical, claro. La verdad es que debería haber más carreteras allí arriba.

—Eso es maravilloso —repuso Imasu con ojos brillantes—. No puedo esperar para oírte.

Estaban en casa de Imasu, porque a Magnus no se le permitía tocar en ningún otro lugar de Puno. Lamentablemente, la madre y la hermana de Imasu eran propensas a las migrañas, así que muchas de las lecciones que Magnus recibía eran de teoría musical. Pero ese día Magnus e Imasu se hallaban solos en casa.

—¿Cuándo vuelven tu madre y tu hermana? —preguntó Magnus, así como de pasada.

—En unas semanas —contestó Imasu—. Han ido a visitar a mi tía. Hummm, no han huido... quiero decir, marchado de casa... bueno, por ningún motivo en particular..

—Unas damas encantadoras —comentó Magnus—. Es una pena que ambas estén tan delicadas de salud.

Imasu parpadeó confuso.

—Lo digo por las migrañas —dijo Magnus.

—Oh —repuso Imasu—. Oh, claro. —Hubo un silencio. Luego Imasu dio unas palmadas—. ¡Vas a tocar algo para mí!

Magnus lo miró con una gran sonrisa.

—Prepárate —manifestó— para quedarte boquiabierto.

Tomó el instrumento. Sentía que su charango y él habían llegado a entenderse. Que podía hacer que la música fluyera del aire, o del río, o incluso de las cortinas, si así lo quería, pero que esto era diferente, humano y curiosamente enternecedor. El rasgado y el chirrido de las cuerdas comenzaban a unirse, pensaba Magnus, para formar una melodía. La música estaba ahí, en sus dedos.

Cuando Magnus miró a Imasu, vio que éste había dejado caer la cabeza entre las manos.

—¿Eee... —casi tartamudeó Magnus—... estás bien?

—Sólo estaba sobrecogido —contestó Imasu con voz débil.

Magnus se pavoneó un poco.

—Ah. Bueno.

—Por lo horrible que ha sonado eso —completó Imasu.

Magnus parpadeó sorprendido.

—¿Perdona?

—¡No puedo seguir viviendo una mentira! —soltó Imasu sin poder contenerse—. He tratado de animarte. Me han llamado dignatarios de la ciudad para solicitarme que te pidiera que pararas. Mi santa madre me lo ha suplicado con lágrimas en los ojos...

—Pero si no está tan mal...

—¡Sí, sí que lo está! —Fue como si el dique de la crítica musical se hubiera reventado en ese instante. Imasu se volvió hacia él con

unos ojos que parecían lanzar llamas en vez de brillar—. ¡Es de lo peor que he oído! Cuando tocas, todas las flores de mi madre pierden el deseo de vivir y marchitan al momento. La quinoa ya no tiene sabor. Las llamas están emigrando debido a tu música, y no son animales migratorios. Ahora los niños creen que hay un monstruo retorcido, medio caballo y medio pollo quejumbroso, que vive en el lago y pide al mundo que le conceda el dulce descanso de la muerte. Los del pueblo creen que estamos realizando rituales mágicos arcanos...

—Bueno, esa última es una buena suposición —interrumpió Magnus.

—¡... con el cráneo de un elefante, una seta de un tamaño imposible y uno de tus sombreros tan peculiares!

—O no —repuso Magnus—. Además, mis sombreros son extraordinarios.

—Eso no te lo voy a discutir. —Imasu se pasó la mano por el espeso cabello negro, que se le enredó en los dedos como zarcillos de brea—. Mira, sé que me equivoqué. Vi a un hombre apuesto, pensé que no haría ningún daño si le hablaba un poco de música y compartíamos un interés común, pero no me merezco esto. Vas a conseguir que te apedreen en la plaza del pueblo. Y si tengo que volver a oírte tocar, me tiraré al lago.

—Oh —exclamó Magnus, y luego comenzó a sonreír—. Yo que tú no lo haría. He oído que un horrible monstruo vive allí.

Imasu parecía estar aún dándole vueltas al asunto del charango de Magnus, un tema por el que Magnus ya había perdido todo interés.

—¡Creo que el mundo acabará con un estruendo semejante al ruido que tú haces!

—Interesante —dijo Magnus, y tiró el charango por la ventana.

—¡Magnus!

—Creo que la música y yo ya hemos acabado nuestro camino juntos —repuso él—. Un auténtico artista sabe cuándo debe rendirse.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso!

Magnus agitó una mano con elegancia.

—Lo sé, es descorazonador, pero a veces se deben cerrar los oídos a los ruegos de las musas.

—Sólo quiero decir que esos instrumentos son caros y que he oído un crujido.

Imasu parecía realmente preocupado, pero también sonreía. Su rostro era un libro abierto de relucientes colores, tan fascinante como fácil de leer. Magnus se apartó de la ventana, fue junto a Imasu y dejó que una mano le tocara los dedos callosos mientras con la otra le rodeaba la cintura casi sin rozarlo. Sintió el escalofrío que recorrió todo el cuerpo de Imasu, como si él fuera un instrumento del que Magnus pudiera extraer cualquier sonido que deseara.

—Me siento desolado por tener que renunciar a mi música —murmuró Magnus—, pero creo que vas a descubrir que tengo talento para muchas otras cosas.

Esa noche, cuando llegó a casa, les dijo a Ragnor y a Catarina que había dejado la música.

—En quinientos años —confesó Ragnor— nunca he deseado tocar a otro hombre, pero de repente me posee el deseo de besar a ese chico en la boca.

—Ni tocarlo —replicó Magnus con voz tranquila y satisfecha.

Al día siguiente, todo Puno se levantó y se unió en una fiesta. Imasu le aseguró a Magnus que la celebración no tenía nada que ver con lo ocurrido. Magnus se echó a reír. El sol parecía brotar de los ojos de Imasu, dibujando brillantes rayas sobre su oscura piel, y su boca se curvó bajo la de Magnus. No salieron a tiempo para ver el desfile.

* * *

Magnus preguntó a sus amigos si podían quedarse una temporada en Puno, y no se sorprendió cuando ellos accedieron. Ambos, Catarina y Ragnor, eran brujos. Para ellos, igual que para Magnus, el tiempo era como la lluvia: brillante al caer, cambiaba el mundo, pero también algo que se daba por descontado.

Hasta que se enamoraban de un mortal. Entonces el tiempo se convertía en oro en las manos de un avaro; cada reluciente año contado con cuidado, infinitamente precioso, y cada uno de ellos escapándoseles entre los dedos.

Imasu le habló de la muerte de su padre y del amor que sentía su hermana por la danza, que lo había inspirado a tocar para ella, y de que ésa era la segunda vez que se había enamorado. Era «indígena y español», más mezclado incluso que el más mestizo, demasiado español para algunos y no lo suficiente para otros. Magnus charló un poco con Imasu sobre eso, sobre la sangre holandesa y bataviana que corría por sus venas. No le habló de la sangre demoníaca, o de su padre, o de la magia. Todavía no.

Magnus había aprendido a ser muy cuidadoso respecto a entregar sus recuerdos a otro junto con su corazón. Cuando la gente moría, parecía como si todas las piezas de sí mismo que les había entregado también se fueran. Tardaba mucho en reconstruirse hasta conseguir estar entero de nuevo, y nunca volvía a ser el mismo.

Ésa había sido una lección larga y dolorosa.

Pero Magnus supuso que aún no la había aprendido bien cuando se encontró deseando explicarle muchas cosas a Imasu. No sólo quería hablarle de sus padres, sino también de su pasado, de la gente a la que había amado: de Camille, y de Edmund Herondale y su hijo, Will; incluso de Tessa y Catarina, y de cómo había conocido a ésta en España. Al final, no se pudo contener y le explicó esa última historia, aunque omitió detalles como el de los Hermanos Silenciosos o que a Catarina casi la quemaran en la hoguera por bruja. Pero mientras las estaciones iban cambiando, Magnus comenzó a pensar que, al menos, debería hablarle a Imasu de magia. Antes de sugerirle que él dejaría de vivir con Catarina y Ragnor y que Imasu dejara de vivir con su madre y su hermana para buscar algo juntos que Imasu pudiera llenar con su música y Magnus con su magia. Era el momento de sentar cabeza, pensaba Magnus, al menos por un tiempo.

Por eso fue una sorpresa para Magnus que Imasu le sugiriera,

con toda tranquilidad, que «quizá ya sea hora de que tus amigos y tú comiencen a pensar en marcharse de Puno».

—¿Qué? ¿Sin ti? —exclamó Magnus. Había estado tomando sol fuera de casa de Imasu, contento, mientras hacía planes para el futuro. Lo tomó tan de sorpresa que le preocupó parecer estúpido.

—Sí —contestó Imasu, que parecía no tener ningunas ganas de explicarse—. Claro que sin mí. No es que no haya disfrutado de este tiempo contigo. Lo hemos pasado bien juntos, ¿verdad? —añadió con voz temblorosa.

Magnus asintió, con el aire más despreocupado que logró conseguir, y luego lo estropeó todo hablando.

—Eso creía yo. Entonces ¿por qué acabarlo?

Quizá fuera su madre, o su hermana, o algún miembro de la familia de Imasu que pusiera objeciones al hecho de que ambos fueran hombres. No sería la primera ni la última vez que algo semejante le pasara a Magnus, aunque siempre le había dado la impresión de que la madre de Imasu le permitiría hacer lo que fuera con su hijo mientras nunca volviera a tocar un instrumento musical en su presencia.

—Eres tú —le soltó Imasu—. Es por cómo eres. No puedo seguir contigo porque no quiero estar contigo.

—Por favor... —replicó Magnus después de un silencio—... sigue regándome con cumplidos. Para mí es una experiencia muy agradable, por cierto, y exactamente como esperaba que fuera este día.

—Eres... —Imasu inspiró con frustración—. Siempre pareces tan... efímero, como un reluciente torrente que atraviesa el mundo entero. No algo que permanezca, algo que dure. —Hizo un pequeño gesto de impotencia, como si dejara marchar algo, como si Magnus hubiera querido que lo dejara marchar—. No alguien estable.

Eso hizo reír a Magnus, de pronto y sin poder evitarlo, y echó la cabeza hacia atrás. Hacía mucho tiempo que había aprendido esa lección: incluso sumido en la pena podías echarle a reír de repente.

La risa no siempre le resultaba fácil a Magnus, y lo ayudó, pero no lo suficiente.